



Ordenación diaconal de Isidoro Crespo Panadero

7 de diciembre de 2008

El pueblo de Israel en el exilio recibió a través del profeta el mensaje de consolación que Dios ordenó hacerle llegar.

El comienzo del segundo libro de Isaías, que hemos escuchado en la primera lectura, ha descrito una nueva misión del profeta de una forma semejante a la descrita en el capítulo seis. En aquella primera misión se hizo al profeta contemplar a Dios en su trono y escuchar la voz de sus serafines que lo aclamaban como el Santo y Señor Todopoderoso, cuya gloria llena la tierra. En un segundo momento de la escena, el profeta escuchó la voz del Señor que le dijo: “Vete a decir a este pueblo”.

En el texto de hoy, el profeta ha podido escuchar la voluntad de Dios, manifestada ante la corte celestial: “*Consolad, consolad a mi pueblo*” habladle al corazón y decidle que ha pagado ya sus pecados y se ha cumplido el tiempo de su servidumbre. El profeta ha escuchado también una voz en el cielo que ordena preparar en el desierto un camino llano y recto al Señor; es decir, que ordena allanar los corazones de los soberbios y levantar la esperanza de los humildes, para que la gloria que Dios revela pueda ser vista por todos los hombres juntos.

En la segunda parte del texto se describe el encargo personalmente recibido por el profeta: Alza fuerte la voz, no temas; dile al pueblo de Judá: “*Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor llega con poder,... viene con él su salario y su recompensa lo precede. Como un pastor que apacienta el rebaño, su brazo lo reúne, toma en brazos los corderos y hace recostar a las madres*”.

El profeta presenta a Dios bajo la imagen de pastor, que se desarrolló especialmente en la espiritualidad judía durante el destierro en Babilonia, donde el rebaño de Yahvé estaba “disperso” fuera de su propia tierra. Yahvé se compromete como pastor a reunir a las ovejas y ponerlas a salvo de todo peligro.

Para mostrar de nuevo su fidelidad a la Alianza y su misericordia eterna, Dios convoca a su pueblo elegido a un nuevo éxodo por el desierto, que le llevará a disfrutar de su tierra, de su libertad y de la presencia protectora de Dios en su templo de Jerusalén, donde volverá revelarse la gloria del Señor.

En toda situación sin salida humana, Dios abre siempre un camino nuevo para su pueblo, es decir, una forma de vida en la fidelidad a la alianza con Dios. Y este camino era el que Juan Bautista tenía que anunciar como profeta de Dios: EL CAMINO DEL SEÑOR QUE ABRE EL EVANGELIO DE JESUCRISTO. ESTE CAMINO DE LA



VERDAD QUE LLEVA A LA VIDA ES JESUCRISTO MISMO (Jn 14,6). Su sangre ha inaugurado para nosotros un camino nuevo y vivo (Heb 10, 20). Esta es la buena noticia con la que comienza el Evangelio de Marcos.

La frase primera de este Evangelio es: *“Comienza el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”*. Al iniciar así su Evangelio, Marcos pudo tener en la mente no sólo el significado civil del término evangelio, como anuncio de una buena noticia referida al emperador, sino sobre todo la imagen de los profetas como mensajeros de las buenas noticias de Dios, cuyo reflejo pudo leer en Isaías: *“Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la Buena Noticia, que anuncia la salvación, que dice a Sión: Ya reina tu Dios. Gritad de júbilo, ruinas de Jerusalén, porque Dios ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén... y ha visto toda la tierra la salvación de nuestro Dios”*. (Is 52, 7-10). El mismo profeta había escrito en relación con su propia misión: *“El Espíritu de Dios está sobre mí, me ha ungido para dar la Buena Noticia a los pobres, me ha enviado a vendar los corazones desgarrados, a pregonar a los cautivos la libertad, a anunciar un año de gracia del Señor”*(Is 61, 1-2).

“Comienza el Evangelio de Jesucristo...” (Mc 1,1). Lo que comienza no es sólo ni sobre todo un libro; lo que se anuncia como Buena Noticia hecha realidad ya presente es *“Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios”* (Mc 1, 1b). Él mismo en persona es el Evangelio. En Él se manifiesta y se ofrece la salvación y el perdón de los pecados. Él es la luz de los ciegos, la libertad de los oprimidos, la verdad de los extraviados. Él es el camino nuevo y vivo para un mundo nuevo, para una nueva humanidad y una nueva creación. Él es la presencia permanente del nuevo tiempo de gracia del Señor. En consecuencia, con el comienzo del Evangelio, comienza el camino de los discípulos, que escuchan la llamada de Jesús a seguirle. Y comienza hoy también para nosotros, en este Adviento, una nueva etapa de nuestro camino en compañía de Jesús, dejándonos llevar por él tras sus huellas.

Juan Bautista nos muestra el camino hacia Jesús. Marcos nos dice con el profeta Isaías: *“Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos”* (Mc 1, 2-3).

¡Qué luminosa y ejemplar es la figura de Juan el Bautista en el adviento! Su misión es mostrar y dejar paso al Mesías (cf Mt 3,11; Lc 3,16); decir: *“Yo no soy el Mesías”* (Jn 1,20). *“Es necesario que yo merme y Él crezca”* (Jn 3, 30). *“Mirad al que viene detrás de mí y es más fuerte que yo”* (Mc 1,7). *“Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”* (Jn 1, 36). *“He visto que el Espíritu bajaba ...sobre él”* (Jn 1, 32)

Juan es la voz, pero no la Palabra; es la lámpara, pero no la luz; es el resplandor de la aurora que anuncia la llegada del sol y desaparece; es el amigo del Esposo, pero no el Esposo; Juan bautizaba con agua, pero no con Espíritu Santo; Juan invitaba a la penitencia, pero no traía la misericordia y la gracia. *“La gracia y la verdad vinieron por Cristo Jesús”* (Jn 1,17).

Juan Bautista realiza este ministerio de humildad lleno de vigor y fuerza de atracción. Es fuerte, sobrio y austero en todas las manifestaciones de su vida: en el vestido, el



alimento y la habitación; es un testigo auténtico. Es verdadero en las palabras, fuerte en su denuncia y directo en su llamada a la conversión (Mt 3,1-12; Lc 3, 1-18). Su testimonio de la verdad y su estilo de vida contra-corriente planteaba interrogantes entre la gente y atraía también a los jóvenes que buscaban la verdad (cf Jn 1, 19-22.35). Su renuncia a la satisfacción de necesidades materiales le hacía libre para llamar a la conversión a quienes acuden a escucharle: mercaderes, soldados, ciudadanos de Jerusalén, sacerdotes y escribas. Dios era su parte de heredad, y la misión recibida de Dios era su única fuerza. Y al final, su fidelidad le cuesta la vida, le lleva a dar “*su sangre como supremo testimonio por el nombre de Cristo*” (Prefacio de la Solemnidad del Nacimiento de Juan Bautista).

El Precursor del Evangelio realizó todo su ministerio en el desierto del Jordán. El desierto es lugar de privación y soledad, de prueba y tentación, propicio para el encuentro consigo mismo y con Dios. El desierto ha sido en la historia sagrada lugar de encuentro de Dios con su pueblo y puede seguir siendo un lugar de intimidad con Dios, para escucharle en lo más hondo de nuestro corazón; en la verdad de nuestra vida y de nuestros caminos; allí donde puede resonar con fuerza la Palabra de Dios. Es sorprendente que, a diferencia de lo que después haría Jesús, Juan no predicara en las plazas y ciudades, y no se buscara un público, sino que más bien se haría buscar; no iba hacia los otros, pero su vida atraía a los otros hacia él; son ellos quienes vienen en masa hacia él. Según el testimonio de Marcos: “*Acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán*” (Mc 1, 5).

Pero el mismo Juan, que exhortaba a la conversión y bautizaba con agua, anuncia al que viene detrás de él con más poder: con el poder de suscitar la conversión verdadera, que es fruto del bautismo con Espíritu Santo.

El bautismo con agua es el camino del hombre que busca y llega hasta Dios, es el camino del arrepentimiento. El Bautista orienta hacia ese camino de arrepentimiento y de purificación. Pero la salvación viene “de lo alto”, según lo ha expresado el Evangelio de Juan: “*Aquel a quien Dios ha enviado habla las Palabras de Dios, porque da el Espíritu sin medida. El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna*” (Jn 3, 34-36).

Con el bautismo en el Espíritu Santo es el Padre quien busca a los hombres y viene hasta ellos. El bautismo con el Espíritu Santo es el camino del Padre hasta nosotros, para hacernos hijos por el Hijo, hermanos en Él y herederos con Él. Era una promesa de Dios: “*Derramaré sobre vosotros agua pura... Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo*” (Ez 36, 25-26). Y esta promesa ahora se cumple con el don que nos otorga quien tiene el Espíritu sin medida, en quien el Padre lo ha puesto todo. Bautizarnos con el Espíritu Santo, en este Adviento, es dejarnos encontrar por el amor de Dios que se acerca a nosotros y se derrama en nuestros corazones (cf Rom 5,5; 8,15) y transforma nuestra vida mucho más de que los podíamos imaginar y nos atrevíamos a pedir. Con este don del Espíritu comienza para nosotros el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, y el camino nuevo del seguimiento de Jesucristo como discípulos y testigos. En



Carlos López Hernández

este camino hemos de perseverar vigilantes, inmaculados e irreprochables, confiados en la promesa del Señor, mientras *“esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva en que habite la justicia”*.

Queridos hermanos: Hoy se cumple esta Escritura para todos los que hemos sido bautizados con el Espíritu Santo y hemos recibido el amor de Dios en nuestros corazones, que es la causa de nuestra consolación y el fundamento de nuestra esperanza. Nuestra búsqueda de Dios y nuestra conversión a Él ha alcanzado ya la gracia de la comunión filial con el Padre en Jesucristo, por el don del Espíritu. Ahora la conversión tiene la forma del seguimiento de Jesús hacia la comunión de amor con el Padre y los hermanos. Y el seguimiento lleva consigo la participación en la misión de Jesús: ser testigos de Él y de su Evangelio, para ofrecer al mundo el consuelo del amor de Dios. En la forma de vida de Juan Bautista, o en la forma de vida de Jesús mismo, según las diversas vocaciones suscitadas por el Espíritu, estamos llamados a ser para los hombres de hoy mensajeros que anuncian el consuelo que ofrece la acogida del Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios.

Hoy se cumple esta Escritura de forma especial para ti, querido Isidoro, que recibes por el sacramento del diaconado el don del Espíritu Santo para el ministerio del anuncio del Evangelio y para el servicio a la Eucaristía y a la caridad que de ella fluye.

Al contemplar tu historia personal a la luz de Dios, has percibido el amor consolador de Dios para todos sus hijos y has escuchado su voz que te ha llamado a la misión de mostrarles un camino nuevo de plenitud en todas las situaciones de “desierto”. Como Andrés, has aceptado la llamada de Juan Bautista a seguir a Jesucristo, el Cordero de Dios, y quieres comunicar con gozo a otros la alegría encontrada en el encuentro con Jesús y en el seguimiento de su Evangelio. Has sido ganado por el amor de Jesús, que ha dado su vida por sus amigos, y quieres como Él entregar tu vida al servicio de tus hermanos. Hoy la Iglesia en Salamanca suplica unida para ti el don del Espíritu, que te consagre y configure con Cristo y te fortalezca cada día en la fidelidad en el ejercicio del ministerio. Y la misma Iglesia se goza y da gracias al Señor por el gran don que tu diaconado representa para ella.